

tan el homenaje de la más cariñosa fraternidad.

IV

«Mas ay que todo fué un sueño!»¹ . . .

Ay! cuántos cristianos infieles que han tenido la desgracia de volver á caer en la culpa, han hecho desaparecer tan encantadora realidad; y al chocar contra el fondo del abismo, abierto bajo sus pies por el pecado, se sienten solos, aislados y tristes, en el abandono, en la desolación y en el vacío; y cuando al despertar buscan, sin encontrarlo, aquel conjunto de bienes ya perdido, exclaman con amarga desesperación: «ay, que todo fué un sueño!»

Revolcándose en el lecho de su impotencia, de su pecado y de su desconsuelo, echan de menos al amado de su alma; al que á tan alto precio la compró; al que tanto hizo por ella; y al echarlo de

¹ Cant III, 1.

menos, *lo buscan pero no lo encuentran*.¹

Es que ese sueño celestial y dulce, el sueño de la Eucaristía, formado por tan inexplicables goces y por tan encantadoras realidades, fué el reclamo apacible del amado, que llamando á la puerta de esta alma infeliz, que dormía velando, es decir, que olvidada de Dios se agitaba en el pecado, parecía decirle: «Abreme, amiga mía, porque está mi cabeza llena de rocío, y del ralente de la noche mis cabellos:»² como si dijera: alma prevaricadora y desdichada, vuelve en ti y conviértete á mí: porque el frío de tu indiferencia me hiela de dolor, y los sufrimientos que tu pecado me causa, son tan numerosos como mis cabellos.

Y esta alma indolente y perezosa, contesta con criminal ingratitud: Cómo he de levantarme para abrirte! «Si ya me despojé de mi túnica, me la he de

¹ Cant. III, 1.

² Ib. V, 2.

volver á poner? Ya lavé mis pies, y me los he de volver á ensuciar?»¹

La túnica del amor, del arrepentimiento, de la gracia, del hombre nuevo, que tú, por tu clemencia me vestiste, me la quité ya para entregarme al sueño del pecado: acabo de quitármela; cómo me la he de volver á poner!

Mis pies, que por la humildad y la mortificación había puesto en contacto con la tierra, confundiéndome con ella, ofreciéndole en cada paso mi cuerpo como cosa que le pertenece, y renovando mi protesta de sumisión y acatamiento á la maldición que fulminó el Señor contra el pecado,² me los lavé ya con el agua de la soberbia y del sensualismo; cómo me los he de volver á ensuciar!

Y todavía el amado no se ofende con esta negativa! Y todavía no retrocede ante esta repulsa! Y todavía «mete su

¹ Cant. V, 3.

² Gen. III, 19.

mano por la ventana de la puerta, probando si podrá abrirla;»¹ la puerta del corazón ingrato, infiel, rebelde y obstinado, probando si podrá conmoerlo.

Mas este corazón permanece endurecido. Se lanzó al mundo entre la oscuridad de la noche, no como la Esposa arrepentida que busca á su amado á quien ya abrió la puerta; sino como el enemigo obstinado que huye de él, conservándosela cerrada.

Este infeliz fué encontrado «por las patrullas que rondan la ciudad,»² es decir, por las tentaciones, las concupiscencias y los peligros que rodean á el alma, que lo hirieron y lo maltrataron; y «las centinelas de los muros,» es decir, los sentidos, despojaron al hombre interior del manto con que se cubría, dejándolo á la vista de sus numerosos enemigos exteriores.

Para este desventurado, la Eucaristía

¹ Cant. V, 4.

² Ib. 7.

no es más que un sueño de felicidad que le hace más insoportables los tormentos que sufre al despertar en el pestilente fango de la tierra; para el cristiano fiel, que lejos de destruir su unión con Dios, realizada en este Sacramento, trabaja por consolidarla, es, por el contrario, un sueño también; pero un sueño por el que descansa en el regazo de su Dios, y del que despertará un día sin noche en las delicias de la Gloria.

V

He aquí los tres sueños en que está compendiada toda la vida del cristiano: el sueño natural, el sueño de la Eucaristía, el sueño de la muerte.

El primero afecta puramente al cuerpo, y sólo de una manera accidental el espíritu; el segundo es exclusivo del alma, y sólo por relaciones secundarias afecta el cuerpo; el tercero se hace sen-

tir de la misma manera en ambas partes, pues con el mismo grado de intensidad las afecta.

He aquí que mi vida no es más que un sueño, puesto que en estos tres sueños está compendiada: el sueño natural; mi sueño de hoy: el sueño de la Eucaristía; mi sueño de mañana: el sueño de la muerte; mi último sueño.

Después del sueño natural, despertaré para volverme á dormir; después del sueño de la Eucaristía, despertaré para volver á comulgar; después del sueño de la muerte, ya no despertaré.

Después de mi sueño de hoy, despertaré para reanudar la lucha de la vida; después de mi sueño de mañana, despertaré para volver á la vida de la lucha; después de mi último sueño, no tendré que temer la lucha de la vida, porque viviré una vida sin lucha.

Después de mi primer sueño, tomaré mis vestidos de hombre para seguir viviendo; después del segundo, tomaré mis

armas de cristiano para seguir peleando; después del tercero, no necesitaré ya vestidos, porque no tendré ya necesidades; ni necesitaré armas, porque tampoco tendré enemigos.

Por eso modelando en estos tres sueños mi vida toda, no me entrego al sueño de mi descanso, sin examinar mi conciencia, implorando de Dios el perdón de mis caídas; no me acerco al sueño de la Eucaristía, sin reconciliarme con Dios, aplicando á mi alma los remedios sacramentales, pidiendo á Dios con David, que si por su misericordia estoy ya lavado, por su liberalidad me lave todavía más,¹ y todo mi empeño se reduce, y todos mis esfuerzos se encaminan, y todas mis plegarias se dirigen, á alcanzar de mi Dios, de mi Redentor y de mi Padre, el beneficio sin nombre, de que cuando vaya á cerrar los ojos al sueño de la muerte, me conceda la indulgencia, la

¹ Ps. L. 2.

absolución y la remisión de todos mis pecados; tenga misericordia de mí; me perdone todas mis faltas; me rocíe con el hisopo, mojado en su Preciosísima Sangre; venga á mi llamado, cuando yo lo implore como Padre, antes que yo acuda al suyo cuando me cite como Juez; me marque con la señal de los escogidos, y haciendo valer en mí los efectos de la Redención y los merecimientos del Redentor, me conduzca á la Vida Eterna.

.
 Oh Dios de Belén, de Jerusalén y del Calvario, que en el Pesebre dormiste el primer sueño natural; en el Cenáculo te recreaste con el sueño de la Eucaristía, y en la Cruz cerraste los ojos al sueño de la muerte. . . . Y todo esto por darme la vida!

Tú que quisiste compendiar esta vida en un triple sueño, para que ni un solo instante se aparte de mí el pensamiento de la muerte, dignate escuchar la súplica que reverente y humilde te dirijo,

antes de entregarme al sueño natural, desde el lecho de mi descanso, que pronto será el lecho de mi agonía, del que no saldré, sino cuando me retiren para llevarme al sepulcro.

Confiando en tu Providencia que ni un instante me abandona; en tu protección que tan urgentemente necesito; en tu amor de que me has dado tantas pruebas y en tus misericordias que no tienen número, te pido, con todo el anhelo de una esperanza que se abriga; con todo el ardor de un deseo que se alimenta; con toda la angustia de una necesidad que se siente, que me favorezcas con tu protección en el sueño de mi descanso; que me llenes de tu gracia para entregarme con disposiciones cristianas al sueño de la Eucaristía; y que, preparado por ésta, me abras las puertas de la eterna Bienaventuranza, cuando dispongas enviarme el sueño de la muerte.